

Nuevo análisis filosófico y estructural de los Dissoi Lógoi

(The Dissoi Lógoi: A New Structural and Philosophic Analysis)

Daniel MORENO MORENO

Recibido: 16 de diciembre de 2014

Aceptado: 27 de abril de 2015

Resumen

Aceptar que los *Dissoi Lógoi* fueron escritos a mitad del siglo V a.n.e., tal como propuso Santo Mazzarino, permite dejar de considerarlos un mero apéndice a los sofistas. Propongo un nuevo análisis de su estructura y considerar que los fragmentos 8 y 9 recogen la tesis criticada por el autor; no, como habitualmente son considerados, la tesis defendida por él. Se restituye así el aroma de las discusiones filosóficas antes de que Platón las sometiera a su criba.

Palabras clave: filosofía griega, Parménides, Heráclito, pitagóricos, Anaxágoras, Pericles, sofistas.

Abstract

To admit that the *Dissoi Lógoi* were written during the mid-5th century (BCE), as Santo Mazzarino has proposed, allows one to cease considering them as a mere appendix to the Sophists. I am proposing a new analysis of their structure, and will argue that fragments 8 and 9 take into account the thesis criticized by the author, not the one defended by him. This restores the original aroma to philosophical discussions, before Plato submitted it to his intellectual sieve.

Keywords: Greek Philosophy, Parmenides, Heraclitus, Pythagoreanism, Anaxagoras, Pericles, Sophists.

1. Un texto condenado a ser Apéndice y un autor cuestionado

La primera noticia reciente que tenemos del texto objeto de estudio procede de la edición que el impresor francés afincado en Ginebra Henricus Stephanus (Henri Estienne) hizo en 1570 de algunos manuscritos de Sexto Empírico como apéndice a su edición de los *Diez libros de Diógenes Laercio sobre las vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*. El texto apareció sin autor, con el título de *Dialéxeis* y dividido en cinco secciones, con títulos para las cuatro primeras secciones. Teichmüller, en su edición de 1884, dividió la última sección en cuatro partes, dando un total de ocho. Finalmente en la edición que Hermann A. Diels llevó a cabo de los *Die Fragmente der Vorsokratiker* la última sección es dividida en dos, resultando nueve, que es la versión conocida actualmente. Se conservan numerosos manuscritos, con las habituales discrepancias, que han dado lugar a interesantes discusiones filológicas. Thomas M. Robinson, formado en la Universidad de Harvard, da cuenta de la relación entre los manuscritos conservados en su canónica edición de los *Dissoi Lógoi* de 1979. Al parecer, la inclusión de términos en dialecto dórico facilitó que fuera copiado repetidamente y permitió que llegara hasta nuestros días. En todo caso, para el estudio que propongo, las discrepancias entre los manuscritos quedan limitadas al interés filológico, no filosófico, dado que las formulaciones filosóficas se mantienen sin cambios en las distintas versiones y ediciones. De modo que, para la versión griega del texto, me atenderé a la edición de Robinson.

De ser un apéndice a Sexto Empírico pasó a ser un apéndice a los sofistas. Ahí lo sitúan las ediciones del siglo veinte: después de recoger los fragmentos de sofistas como Protágoras, Gorgias, Crítias o el Anónimo de Jámblico, allí aparece nuestro texto. Mientras tanto, ha cambiado su título por el de las dos primeras palabras con que se abre la sección primera: *Dissoi lógoi*¹. Como tal fue estudiado en 1911 Alfred E. Taylor, dentro de su *Varia Socratica*; y como tal fue editado y traducido al italiano por Mario Untersteiner², quien lo publica en su *Sofisti. Testimonianze e*

¹ El nuevo título, y el lugar que ocupa, se debe a Hermann Diels, cf. Kranz 1937, p. 223. En realidad, en la primera edición, de 1903, en un volumen, Diels mantuvo el título *Dialéxeis*. Fue en la segunda edición, de 1907, en dos volúmenes, cuando lo tituló con las dos primeras palabras griegas, aunque mantuvo el título anterior entre paréntesis. Ambas ediciones pueden consultarse en archive.org [consultado el 14 de febrero de 2015]. Cuando Walter Kranz dio cuenta de su trabajo de reeditar la edición de H. Diels, afirma que “Kein Kapitel der Dielsschen ‘Vorsokratiker’ bedurfte bei der Neuherausgabe so starker Eingriffe in den Text wie das letzte (c. 90)” [Kranz 1937, p. 223] —el artículo se cierra, por cierto, con esta afirmación: “dieses Vorsokratische in Wahrheit ein Nachsokratisches ist” [Kranz 1937, p. 232].

² Untersteiner consideró que los *Dissoi Lógoi* eran “uno scritto pitagórico-sofístico” [Untersteiner 1967b, p. 161] donde se contraponen las tesis de Gorgias y las tesis de Hipias. En esa línea, con la que estuvo también de acuerdo E. Dupréel, Jean-Paul Dumont, en su traducción del texto incluye los apartados “(a) Thèse de Gorgias” y “(b) Réplique à la manière d’Hippias” a modo de organización de las secciones 1-6, y subtítulo las secciones 7-9 “A la manière d’Hippias”.

frammenti de 1967. Mención aparte merece la edición griego-inglés, esta vez en exclusiva, que Robinson le dedicó en 1979. Como apéndice a los sofistas, lo encontraron los primeros lectores en castellano, en la edición que Antoni Piqué Angordans preparó para la editorial Bruguera en 1985, dentro del volumen *Sofistas. Testimonios y fragmentos*; en esa misma disposición, y bajo el mismo título, apareció en la nueva traducción que Antonio Bellido Melero realizó para Gredos en 1996. El mismo año, José Solana Dueso lo incluyó en su *Protágoras. Dissoi Logoi. Textos relativistas*, libro publicado por Akal, y en su más reciente *Sofistas. Testimonios y fragmentos*, en Alianza Editorial en 2013. De modo que ya es larga la tradición de asociar los *Dissoi Lógoi* a los sofistas. El motivo para hacerlo es, no obstante, cuestionable: siendo cierto que en él se recogen numerosas tesis fácilmente asociables a los sofistas, también es cierto que el autor, tras exponerlas con cierto detalle, argumenta en su contra y considera que son insostenibles. La intención del texto es, como veremos más adelante, claramente antirrelativista. Creo que sería una gran sorpresa para su autor verse ahora asociado con sus enemigos intelectuales y tomado por uno de ellos; algo así como si a san Ireneo, tan dado a recoger argumentos heréticos, se le considerase a él mismo un hereje.

Respecto al autor, puede dudarse incluso de su existencia, si el texto se ve como una mera colección de afirmaciones, reunidas un poco al azar, por algún recopilador que siguiera el método de contraponer a una afirmación su contraria. Cabe también la posibilidad apuntada por Solana: “el texto es un resumen de un concurso, en el que una especie de árbitro o moderador expondría el tópico a discutir y dos oradores desarrollarían las posiciones enfrentadas”³ [Solana 2013, p. 457]. Considero, no obstante, que hay datos suficientes para hablar no solo de un autor, sino de un autor con voz propia y característica. Se da la circunstancia de que en el texto aparecen numerosos verbos en primera persona del singular, casi se puede hablar de una presencia constante del “yo”, así, sin matices y sin nombres, rasgos que serían necesarios si se supiera que a cada yo le corresponde una persona distinta. Es un texto, en ese sentido, muy personal. De ahí que me incline a pensar que, efectivamente, detrás del texto, sosteniéndolo, hay alguien, una persona que, además, no evita ni salir a la palestra ni hablar de sí mismo. Ya en 1.2, se lee “por mi parte, esta última es la que voy a sostener”; en 1. 11 se lee “por mi parte, distingo lo anterior de este modo: creo que”; en 2.2 se lee “por mi parte, intentaré proceder del siguiente modo”; en 2.26 se lee, con cierto énfasis, “me sorprende” (que las costumbres vergonzosas acaben siendo honrosas); en 3.1 se lee “por mi parte intentaré defender esto último”; en 3.7 se lee “a mí no me parece” (bien que, quien ha jurado traicionar a su ciudad para ganar su libertad, cumpla el juramento una vez libre); en 4.2 se lee “por mi parte, respecto a lo último, sostengo”; en 4.4 se lee “sólo yo digo ver-

³ Las dos posiciones enfrentadas corresponderían a Protágoras y a Sócrates: “una tesis relativista mejor elaborada y más ampliamente expuesta, mientras que su contraria, con la mitad de extensión, presenta una argumentación más endeble” [Solana 2013, p. 454].

dad puesto que lo soy” (iniciado)⁴; en 6.7 se lee “por mi parte, considero la tesis anterior ingenua por completo”; en 6.13 se lee “pero a mí no me convencen esos argumentos”; finalmente, en 7.5 se lee “por mi parte en modo alguno creo que sea democrático” (el sorteo de cargos). En otras frases, no aparece la primera persona del singular, pero sí que el autor da su opinión: por ejemplo, en 5.6 se muestra en desacuerdo con quienes sostienen que los locos y los sabios dicen y hacen las mismas cosas, puesto que, pensando así, todo se confunde (5.8), y en 7.1 se muestra contrario a que los cargos públicos se elijan por sorteo.

Si se acepta la lectura que hace del autor un iniciado y se señala que el dialecto dórico, tan presente en el texto, está asociado a los misterios, se puede conjeturar verosímilmente que nos encontramos ante el texto de un maestro iniciado preparado para iniciar a sus alumnos, incluso se puede imaginar que ha viajado, desde la Magna Grecia, hasta Atenas, y vuelve, cargado de novedades, a informar a sus pupilos de la última moda en filosofía: ¡las discusiones! Se ha planteado también la posibilidad de que no sea el texto del profesor, sino el texto tomado por algún alumno a partir de la explicación del maestro, pero la precisión, las repeticiones y la estructura general hacen pensar más en la elaboración del maestro, si se quiere, previa a las clases.

Paradójicamente, ha sido la excesiva presencia del autor, apoyando unas veces una tesis y otras la tesis contraria, la que seguramente motivó el calificativo que H. Diels le dio al autor desde su primera edición de los fragmentos y testimonios de los primeros filósofos griegos; allí se lee que carece de talento: “Der talentlose Verfasser ist unbekannt” [Diels y Kranz 1954, p. 405, nota]. Robinson, considera, no obstante, que puede ser una técnica apropiada para la contraposición de tesis: “as an item in the psychological warfare that went with antilogical treatises of this sort” [Robinson 1984, p. 74]. Y se podría añadir que conjuga bien con la frescura general del texto y con su carácter pedagógico: es habitual identificarse con Platón para explicar Platón y luego con Aristóteles para explicar Aristóteles. Considero, no obstante, que la línea argumental general del texto no queda afectada por utilizar tal recurso.

La competencia del escritor anónimo ha sido cuestionada desde otro ángulo por Robinson. Dado que el autor, cuando expone la tesis relativista defiende una versión moderada –una misma cosa, en función de la ocasión o de la oportunidad, puede ser considerada buena para unos y mala para otros–, pero cuando la refuta ataca una versión radical –lo bueno es lo mismo que lo malo– y no detecta la diferencia entre ambas⁵, el anónimo carecería de talento. Para evitar tal apelativo,

⁴ Aunque hay alguna discusión al respecto, se acepta la lectura de *iniciado* en 4.4, de modo que el autor se presenta a sí mismo como iniciado. ¡Todo un paso hacia su visibilidad!

⁵ Veremos más adelante que es muy posible que el autor anónimo fuera consciente del salto lógico, y que dejara de indicarlo en las cuatro primeras secciones para centrarse en su objetivo principal: mostrar las consecuencias paradójicas de la tesis criticada, no la debilidad de su argumentación.

Robinson propone suponer que el autor se da cuenta perfectamente de la diferencia y que sabe que la tesis moderada es comprobable e inatacable, por lo que la confusión que genera al atacar una tesis nunca defendida con una mezcla de argumentos buenos y malos, tendría un fin educativo: serviría para “to instruct the beginner in the detection of fallacious reasoning” [Robinson 1984, p. 76]. Como se puede apreciar, tal defensa está llena de presupuestos difícilmente sostenibles y me da la impresión de que está contaminada por la práctica educativa de Harvard –y de los cientos de años de tradición filosófica–. Antes de acabar convertida en juego pedagógico una falacia ha de estar aceptada como tal durante bastante tiempo, y al parecer no era ese el caso en aquel momento.

2. Fecha de composición

La fecha de composición del escrito está sujeta también a argumentos contrapuestos. Lo curioso es que el tono del texto es tan cercano y fresco, tan pegado a la actualidad, diríamos, que cuando se refiere a ella el anónimo no se ve en la necesidad de concretar, puede suponer que el auditorio le sigue perfectamente. La referencia más clara se encuentra en 1.8, donde encontramos otra sonora primera persona del singular: “en la guerra (y me refiero en primer lugar a la reciente)”. La mayoría de los autores ha entendido que la guerra aludida es la Guerra del Peloponeso, por lo que se estaría hablando a finales del siglo V a.n.e. Santo Mazzarino propuso, sin embargo, que la guerra referida era la batalla de Tanagra, ocurrida cincuenta años antes [Mazzarino 1974, p. 290]. Robinson evalúa los distintos argumentos y, tras reconocer que ambas opciones son posibles, se decanta por la primera. Stefano Maso y Carlo Franco optan por la segunda posibilidad: “Gli argomenti di Mazzarino sono ribattuti da Robinson [1979], pp. 35-38, anche se non adeguatamente” [Maso y Franco 1995, p. 279]. Por mi parte voy a apoyar esta segunda opción.

En 6.7-8 se lee: “¿qué enseñan los sabios sino sabiduría y virtud?, ¿y qué fueron los anaxagóricos y los pitagóricos (sino enseñantes)?”. Varios detalles llaman poderosamente la atención en este paso. En primer lugar la traducción habitual es “¿qué enseñan los sofistas?”, pero esa versión tiene el inconveniente de identificar a los sofistas con la sabiduría y la virtud –además de complicar innecesariamente la comprensión de la sección sexta–; además se nombran a continuación a los seguidores de Anaxágoras y de Pitágoras, por lo que habría que entender el término sofista en un sentido excesivamente amplio. En segundo lugar, considero que, al poner como ejemplo de sabios a los seguidores de Anaxágoras y de Pitágoras, tal enumeración apoya una redacción temprana. De ser un escrito de finales del siglo quinto, se podría esperar una lista algo más larga, tan dado como es el texto por cierto a las enumeraciones; además, que nombre a los pitagóricos apoya la datación anterior a

la mitad del siglo porque es sabido que fueron perseguidos en torno al 440-430. Es más verosímil que el autor tenga como referencia a los pitagóricos veinte años antes de ser disueltos, que acordarse de ellos cuando habría hecho sólo treinta años que estaban cuestionados. Además, en 3.12 cita a Esquilo como poeta no antiguo: a finales del siglo V llevaría muerto cincuenta años, mientras que a mitad de siglo aún estaría vivo.

La perspectiva que se abre es interesante y no está explorada: el maestro de iniciados se habría sentido atraído por la ebullición cultural y política vivida en el momento álgido del poder de Pericles, a mitad del siglo V a.n.e., cuando acudían a Atenas sabios/sofistas de los más diversos lugares y con las más diversas opiniones. El contraste de opiniones se hizo inevitable: allí donde un sabio defendía una tesis, otro, o él mismo en otro momento, defendía justamente la contraria. El talante del escrito recoge en parte esa sensación y su estructura obedece, creo, a esa experiencia. Adelantar la fecha de redacción permite además una lectura distinta a la habitual: en lugar de leerlo después de leer los diálogos platónicos, habría que leerlo olvidándose en lo posible de Platón, con la mente limpia; sin que interfiera tampoco la opinión particular del intérprete actual. El mismo Robinson muestra en su libro cierto hartazgo de los múltiples ecos encontrados en los *Dissoi Lógoi* por los estudiosos, especialmente por E. Dupréel y por M. Untersteiner⁶. Con su característica navaja de Occam, Robinson descarga el bosque continental de alusiones con dos argumentos que me parecen convincentes: no es fácil, con los escasos fragmentos disponibles, asociar claramente a ningún sofista un cuerpo doctrinal específico, por un lado; y, por otro, las afirmaciones recogidas en los *Dissoi Lógoi* son lo suficientemente amplias como para poder ser asociadas a distintos autores⁷. De hecho, ese es el aspecto que ofrece la bibliografía: los eruditos discuten entre sí las distintas atribuciones sin llegar a un acuerdo, prueba manifiesta de que, puesto que los datos son insuficientes, hay demasiado margen para la libre interpretación. Por mi parte añadiría otro argumento para refrenar la búsqueda de paralelos en los diálogos platónicos: aún está por establecer exactamente qué opiniones son las que sostiene el desconocido autor.

⁶ El complejo y enrevesado *status quaestionis* anterior a 1940 está recogido, no sin cierta dosis de paciencia, por Adolfo Levi –cf. Levi (1940).

⁷ Robinson, con todo, no deja de mostrar su apoyo a la versión relativista moderada ni de apuntar en sus notas al texto cuantos ecos cree encontrar en los diálogos platónicos; como caracterización del anónimo, construye el siguiente personaje: un maestro de iniciados que recibe las siguientes influencias: “the major influence on the author of the *Dissoi lógoi* is most likely to have been Protagoras, with some minor influence of Hippias, some even more minor influence of Gorgias, and the possibility of some Socratic influence” [Robinson 1984, pp. 72-3].

3. Propuesta de título y de estructura (con traducciones alternativas)

El texto se abre con esta frase: “tesis enfrentadas sostienen en la Hélade quienes filosofan sobre lo bueno y lo malo”. Dado que el título de *Dialéxeis* fue puesto por H. Stephanus “willkürlich” [Diels/Kranz 1954, p. 405], es ya tradición titularlo por las dos primeras palabras, *Dissoi lógoi*. Pero el acuerdo acaba ahí, dado que las traducciones difieren hasta este punto: *Twofold Statements* (Levi), *Ragionamenti duplici* (Untersteiner), *Discorsi in contrasto* (Mazzarino), *Double-dits o Doubles arguments* (Dumont), *Contrasting Arguments* (Robinson), “Razonamientos dobles” (Piqué), “Discursos dobles” (Melero), “Dobles razonamientos” (Solana), *Argomentazioni in contrasto* (Maso y Franco), *Discours doubles* (Pradeau), *Zweierlei Ansichten* (Becker y Scholz). Lista a la que me permito añadir: tesis enfrentadas. Me parece que el adjetivo “doble” es demasiado blando porque obvia el enfrentamiento, mientras que “argumentos” se puede aplicar al contenido general del texto pero no es apropiado en la frase inicial, donde sólo se enuncian las dos posiciones; de un “discurso” se espera algo más que una frase; finalmente “razonamientos” me parece que dice demasiado, no es evidente que el texto presente premisas y conclusiones.

Las tesis contrapuestas son: “que uno es lo bueno, otro lo malo”, la primera; “que es lo mismo”, la segunda, desarrollada así: para unos es bueno, para otros es malo; y para la misma persona a veces es bueno, a veces es malo.

Por extraño que parezca, Robinson llamó a la primera tesis Contratesis y a la segunda Tesis⁸; Solana, por su parte, llama Tesis B a la primera y Tesis A a la segunda⁹. Por mi parte, me atenderé al orden del texto, que, como veremos, es el lógico.

A continuación el autor toma partido por la segunda tesis. Es el fragmento 1.2 recogido más arriba, que ha generado falsos problemas, a mi juicio. Entiendo que el autor se “adhiera” a la tesis segunda, en el sentido de que pasa a exponerla; de hecho, en las frases paralelas que veremos en seguida los verbos utilizados son menos comprometidos¹⁰. La tesis se apoya en que muchas cosas son buenas para unos y malas para otros. La lista –extensa, y a mi juicio con tintes irónicos– incluye desde la comida hasta la guerra, pasando por la muerte o la victoria. A continuación se recuerda la primera tesis, en los mismos términos: que uno es lo bueno y otro lo malo, y añade que “difieren tanto de nombre como en realidad” (1.11). Y

⁸ Seguramente Robinson sigue a Taylor, quien llama a la tesis que identifica bueno y malo “*First Antinomy*”, y a la tesis que los distingue “*Second Antinomy*” [Taylor 1911, pp. 100, 102].

⁹ Solana considera que “la tesis A en ningún caso puede llamarse identificacionista” [Solana 1996, p. 139], sino relativista, y que “la tesis B refuta a su rival suponiendo erróneamente que identifica los opuestos” [Solana 1996, p. 150].

¹⁰ Robinson también destaca que la adherencia del autor a esta tesis es sólo aparente [Robinson 1984, p. 151].

aparece el anónimo en primera persona en el fragmento 1.11 citado más arriba para decir que, si se entiende que lo bueno y lo malo son lo mismo y no cada uno distinto, no se podría decir qué cosa es buena ni qué mala¹¹; imaginando diálogos de la vida cotidiana, la situación sería tan extraña que cuando alguien dijera que sus padres le han hecho algo bueno, equivaldría a decir que han hecho algo malo, “si lo mismo es lo bueno y lo malo” (1. 12¹²). Si se cumple esa condición, bueno y malo son intercambiables y convierte en sinónimas frases como: “he hecho algo bueno” y “he hecho algo malo”. Las paradojas resultantes quedan ilustradas con hechos cercanos y sensibles: padres buenos serían tratados mal por sus hijos, dado que habrían recibido de ellos males; las buenas acciones de los hijos hacia los padres serían también malas; el mal hecho a los enemigos sería también un bien; la pobreza habría que considerarla mala y buena a la vez, de modo que no se sabría si apenarse o alegrarse ante ella; el Rey de Persia viviría igual de bien o de mal que cualquier pobre. Señaladas la paradojas últimas a las que conduce el camino de la tesis segunda, el autor vuelve sobre sus pasos y aplica la intercambiabilidad bueno/malo a dos de los ejemplos enumerados como ilustración de la tesis segunda: “la comida es mala para el enfermo” sería sinónima de “la comida es buena para el enfermo”, e igual con la enfermedad. El planteamiento se cierra, en 1.17, con una nueva exhibición del yo: “y no digo qué es lo bueno, sino que intento enseñar que no es lo mismo bueno y malo sino distinto”.

A mi juicio, queda bien clara la estructura del planteamiento: en primer lugar se dan a conocer dos tesis puestas frente a frente, después se expone a dónde llevaría seguir el camino que abre la segunda tesis y, cuando se está seguro de que los oyentes rechazan ese camino, se recuerda que hay otro, el primero, opción que no defiendo con detalle –supongo que porque no se considera necesario.

Puestos a imaginar una psicología para nuestro autor, propongo, en vez de convertirlo en un instructor de cazadores de falacias tan caro a la filosofía analítica, en un avisador de los peligros que conllevan los nuevos vientos doctrinales. Perfil psicológico este último harto común, en todos los tiempos.

Y puestos a imaginar un contexto filosófico a cada tesis enfrentada, la primera sintonizaría con Parménides y la segunda con Heráclito. También Parménides había contrapuesto dos vías: la primera “que es y que no es que no sea”, y la segunda “que no es y que es necesario que no sea”. También Parménides había desarrollado por extenso la vía de la opinión, pero nadie dudó de su enfoque ni de su intención: Parménides no permite confundir “que es” y “que no es”. Heráclito, por su parte, había defendido la unión y oposición de los contrarios, si bien seguramente no su

¹¹ Considero que la tesis segunda razona así: si algo es bueno y eso mismo es malo –es decir, si A es B y si A es C–, entonces lo bueno es lo malo –es decir, entonces B es C.

¹² La misma expresión se repite en 1.14, en 1.15 y en 1.16 en dos ocasiones, lo que hace pensar en el recurso típico del maestro que quiere dejar bien claro a sus alumnos cuál es la idea principal.

identidad. A nuestro autor, por su parte, le asusta la identidad de los contrarios –que acaso ha detectado bajo el relativismo de moda en Atenas–; prefiere cada cosa en su sitio: lo bueno es bueno y malo lo malo: una oposición absoluta del tipo de la establecida por los pitagóricos. Si la fecha de redacción fuera la mitad del siglo V a.n.e., las nuevas generaciones de sabios estarían poniendo a prueba qué sucede cuando el anterior contexto ontológico –arriba y abajo, frío y cálido, noche y día– se transpone a un ámbito ético y gnoseológico –bueno y malo, justo e injusto.

La sección segunda del texto presenta exactamente la misma estructura, incluso repite expresiones, casi a modo de muletillas. La primera tesis, que ahora aparece en su versión ampliada, es: “uno es lo honesto, otro lo vergonzoso, difieren tanto de nombre como en realidad” (2.1), la segunda tesis, ahora abreviada es: “lo mismo es lo honesto y lo vergonzoso”. A continuación, se enumeran los hechos que apoyan la segunda tesis. Es el fragmento 2.2 recogido más arriba, con un verbo ahora menos comprometido, pero con la misma función. La lista vuelve a ser larga, y de gran interés antropológico: múltiples son las conductas que son honestas o vergonzosas según la ocasión, desde complacer al amante hasta amasar el trigo con los pies pasando por huir ante los enemigos o descuartizar a los padres. Son hechos que evidencian que las mismas cosas son vergonzosas y honestas (2.20). A continuación se vuelve a recordar la primera tesis, que lo vergonzoso y lo honesto “cada cual es distinto” (2.21). E, igual que en el mismo paso de la sección primera, se enumeran ejemplos de la vida cotidiana para ver qué pasaría “si lo mismo es lo vergonzoso y lo honesto”¹³ (2.21): quien haya hecho una acción honesta, habrá hecho una acción vergonzosa; o un hombre honesto será un hombre vergonzoso. De nuevo el autor vuelve sobre sus pasos para responder a dos de los hechos enumerados en apoyo de la segunda tesis y mostrar qué ocurre si se intercambian las palabras “honesto” y “vergonzoso”, dado que son idénticas.

Al final de la sección, en 2.26-28, se da un giro de gran interés: se alude al dicho según el cual si se recogieran las costumbres vergonzosas de todos los pueblos y después se dejara que cada cual eligiera la que juzgara honesta, ninguna quedaría sin elegir. Ante lo cual, el anónimo no puede menos que saltar al primer plano para mostrar su indignación: “me sorprende” (2.26) (que las costumbres vergonzosas acaben siendo honrosas): si se lleva un caballo, caballo será siempre, si oro oro, si hombre honrado hombre honrado. Al final, el autor aporta otro rasgo importante de su horizonte mental: el rechazo de los poetas. La confusión entre lo honesto y lo vergonzoso la cultivan ¡los poetas!, pero porque ellos no buscan la verdad sino agradar. Como veremos, es un asunto que vuelve a salir: se citan poemas en apoyo de la tesis segunda, pero a continuación se les desautoriza, porque su camino no es el de la verdad.

¹³ Expresión que, de nuevo, se repite hasta cuatro veces.

Como es de esperar, la sección tercera sigue las mismas pautas. Las tesis puestas frente a frente son, en primer lugar, “que uno es lo justo, otro lo injusto” (3.1); y, en segundo lugar, “lo mismo es lo justo y lo injusto” (3.1). Los hechos que apoyan la segunda tesis son los casos en que mentir y engañar es justo, o robar a los amigos, o robar en los edificios públicos, o jurar en falso, o saquear los templos, o matar a los más queridos. En apoyo de esta tesis, se enumeran las tragedias, las pinturas o los poemas, llenos de engaños y de defensas del engaño. Por suerte, parece decir el anónimo, hay otra tesis, la primera, que uno es lo justo, otro lo injusto, y que “difieren tanto de palabra como de nombre” (3.13). De nuevo, se apela a situaciones cotidianas: una acción justa hecha a los padres sería injusta, un hombre justo sería un hombre injusto, algo grande sería pequeño, y alguien condenado por injusto sería condenado por justo. De nuevo, una vez extraída la consecuencia más escandalosa, se vuelve sobre algunos de los hechos enumerados en apoyo de la tesis segunda y se observa que si se afirma que robar a los enemigos es justo, también será injusto. Y, de nuevo, aparece la denuncia a los poetas: son ellos el origen de esas confusiones, ellos no buscan la verdad, sino el agrado.

La sección cuarta confronta, por un lado, la tesis de que “una es la afirmación falsa, otra la verdadera” (4.1), y la tesis de que son “la misma” (4.1). Segunda tesis que el autor apoya en que las palabras de la afirmación falsa y de la afirmación verdadera son las mismas; además, las mismas palabras, según la ocasión, serán verdaderas o falsas, verdaderas si ocurre lo que dicen, falsas si no ocurre¹⁴. Si se aplica el mismo esquema que en las secciones anteriores, se habrá de decir que lo verdadero y lo falso son lo mismo. Momento oportuno, como ya es habitual, para recordar la tesis primera: que tanto de nombre como en la realidad, la afirmación verdadera es verdadera y la afirmación falsa es falsa, que no hay intercambio posible –al modo, supongo, que lo que dice un caballero es verdad, mientras que lo que dice un villano es mentira–. Porque, si “afirmación falsa” y “afirmación verdadera” fueran sinónimos, cuando se les preguntara a los defensores de la tesis segunda si su tesis la consideran verdadera o falsa, respondan como respondan, habrá paradoja. Si res-

¹⁴ Me permito reconstruir los tres ejemplos enumerados: (1) si en un juicio a alguien se le acusa de sacrilegio, se dirá: “X es sacrilego”. Esa afirmación será verdadera si X ha cometido sacrilegio, esas mismas palabras serán falsas si X no ha cometido sacrilegio. En el mismo se encuentra su defensor. Este dirá: “X no es sacrilego”; y la misma afirmación será verdadera o falsa según el caso. El tribunal, a su vez, oír cada frase y podrá juzgar cada una tanto verdadera como falsa; (2) si ahora mismo –afirma el maestro anónimo–, tal como estamos en clase, cada uno de nosotros dice: “yo soy iniciado”, la afirmación se repetirá tanta veces como personas estemos aquí, pero sólo una vez será verdadera: cuando la pronuncie yo, que soy realmente iniciado; (3) el mismo ser humano es, en una ocasión, niño, en otra joven, también adulto y anciano. Los ejemplos (1) y (2), según nuestro autor, apoyan algo absurdo: que, dado que lo verdadero y lo falso se pueden predicar de la misma frase, son lo mismo (cf. nota 6); de ahí el parecido con el ejemplo (3): sería absurdo concluir que es lo mismo ser niño, joven, adulto y anciano a partir del hecho de que se pueden predicar del mismo ser humano.

ponden: “Mi tesis es verdadera”, están suponiendo que se puede distinguir entre “afirmación verdadera” y “afirmación falsa”, con lo cual se contradicen; además, al responder “Mi tesis es verdadera” sería como si hubieran respondido: “Mi tesis es falsa”, y viceversa, puesto que ambas expresiones serían intercambiables. De modo que si alguien ha dicho algo verdadero, habría dicho también algo falso; y si conocemos a una persona veraz conoceremos también a la vez a una persona mentirosa. De nuevo, una vez sacadas a luz estas situaciones tan extrañas, el autor vuelve a los hechos que nombró en apoyo de la tesis segunda: (1) se decía que si el suceso ocurría la afirmación sería verdadera, y falsa en caso contrario, luego se puede distinguir entre “afirmación verdadera” y “afirmación falsa”; y (2), en los juicios, al final, los jueces distinguen entre afirmaciones verdaderas y falsas, luego no son lo mismo, “difieren por completo” (4.9) –valga decir, el caballero y el villano.

La sección quinta, tal como se conserva, comienza abruptamente así: “las mismas cosas hacen y dicen locos y cuerdos, sabios e ignorantes” (5.1). Como se ve, comienza con la exposición de la tesis segunda, dado que se habla de la identidad. Se puede reconstruir entonces la tesis primera, a partir de 5.7, así: una cosa es la que hacen y dicen los locos y otra los cuerdos; una cosa es la que hacen y dicen los sabios y otra los ignorantes. Falta también la frase con que se da comienzo a la exposición de la tesis segunda. Ahora nos encontramos directamente con estos hechos: todos usan las mismas palabras (caballo, fuego) y hacen las mismas cosas (comen o duermen) (5.2). A mi juicio, hay una laguna que daría paso a la siguiente generalización: la misma cosa es mayor y menor, más y menos, más pesada y más ligera, “así pues todas las cosas son las mismas” (5.3). Y también la misma cosa existe y no existe, dado que existe en un lugar y en otro no existe. A continuación, el autor se muestra contrario a esta tesis, como era de esperar: quienes así piensan, considera, “no hablan rectamente” (5.6), “todo resulta confundido” (5.8).

Lo interesante de esta sección es que en ella el autor muestra no sólo que no es relativista, sino que su aspecto antirrelativista es sólo superficial; en el fondo lo que rechaza es la identidad de los contrarios. Se da la circunstancia de que en esta sección se distinguen con claridad ambas formulaciones. Según el anónimo, los defensores de la tesis segunda, si son presionados, añaden que, aunque locos y cuerdos hacen y dicen las mismas cosas, unos lo hacen “cuando deben” y otros “cuando no deben” (5.9); aunque consideran que esa pequeña concesión no afecta a su tesis principal. Ahora bien, aunque a ese matiz le den poca importancia, para nuestro autor es muy importante, con tal añadido, la tesis cambia por completo “de suerte que ya no es la misma” (5.10).

Y también cambia por completo nuestra percepción de la fineza del pensador anónimo. Dado que en su reconstrucción de la tesis segunda en las cuatro primeras secciones pasa insensiblemente de la tesis meramente relativista a la tesis de la identidad, da la impresión de no captar el matiz, cuando ahora se ve que no es él mismo

sino los defensores de esa tesis los que pasan de puntillas por ese matiz, como si careciera de importancia. A él le parece igual de burdo que si se pretendiera que no es “muy importante” cambiar el acento a una palabra, transponerle las letras o quitarle uno al diez (5.10-5.14).

Siguiendo su costumbre, una vez llevada la tesis al extremo, vuelve a responder a uno de los argumentos esgrimidos anteriormente. De nuevo con un matiz: cuando los defensores de la tesis segunda sostienen que algo existe y no existe, olvidan aclarar si se refieren a su existencia en un lugar concreto o a su existencia en general. Sólo obviando ese matiz pueden pensar que del hecho de que algo que exista en Libia no exista en Chipre, se siga que existe y no existe (5.15). La conclusión es que no todo es lo mismo, sino que cada cosa es según. Es decir, que los locos no son cuerdos y locos, sino locos; ni lo mayor es mayor y menor, sino mayor; del mismo modo que lo bueno no era bueno y malo sino sólo bueno.

La sección sexta comienza, como la quinta, directamente con la tesis segunda: que la sabiduría y la virtud ni se enseñan ni se aprenden. De esta tesis se afirma que no es ni verdadera ni nueva. Dado que no es verdadera, la tesis primera será: que la sabiduría y la virtud se enseñan y se aprenden. Y dado que se dice que no es nueva, se supone que se presenta como nueva, aunque al anónimo no se lo parece. Como en los casos anteriores, procede a apoyar la tesis segunda, aunque esta vez no lo hace en primera persona sino en tercera del plural “quienes la sostienen se basan en estos argumentos” (6.1). Argumentos que son cinco. Una vez expuestos, aparece de nuevo su voz, en la frase 6.7 citada *supra*, para responder a los argumentos uno por uno. Finalmente concluye que, aunque no ha explicado en qué consiste enseñar –también la sección primera se cerraba recordando que no había dicho qué era lo bueno–, los argumentos en contra no le convencen. Por lo tanto, si la tesis segunda se queda sin apoyos, sólo se mantiene la tesis primera.

Como se ve, la estructura de esta sección sexta sigue muy de cerca las anteriores, aunque no se la pueda considerar ya una variante del tema que da unidad a las secciones anteriores: la diferencia y la identidad. Su interés es, con todo, incuestionable. Aporta una valiosa información sobre cómo era visto el papel de los sabios: algunos acumulaban argumentos en su contra y nuestro autor, él mismo un maestro, se defiende. Es interesante destacar que, como en la sección anterior, es el anónimo quien se centra en los matices: no se ha confundir que “los sabios no logren enseñar a uno” y que “los sabios no enseñen en absoluto”, es decir, que la sabiduría no se enseñe¹⁵; ni se ha confundir el hecho de que haya alguien que aprenda sin acudir a los sabios y que no haya aprendido de nadie, es decir, que la sabiduría no se

¹⁵ Permítaseme ampliar el ejemplo. Si a las clases de un maestro acuden diez alumnos y sólo aprende uno, los contrarios a su labor dirán que la sabiduría no se enseña, como prueban los nueve que no aprenden; aunque uno de ellos sí ha aprendido, luego, hablando en general, la sabiduría sí se enseña.

aprenda, puesto que ha aprendido de los padres¹⁶. Finalmente, es en esta sección donde se nombra a los pitagóricos y a los seguidores de Anaxágoras como ejemplos de sabios, y resulta que los primeros se pueden asociar con la tesis primera –lo par es par y lo impar impar, y lo par no puede ser par e impar ni lo impar impar y par– y los segundos con la tesis segunda –todo está en todo.

La sección séptima comienza también con la tesis criticada, puesta ahora en boca de “los que hablan al pueblo” (7.1): que las magistraturas se han de elegir por sorteo. En esta ocasión no hay exposición de la tesis, se procede directamente a su crítica, con la estrategia habitual: ¿qué ocurría en la vida cotidiana si todos los oficios se eligieran por sorteo? De nuevo se muestra el absurdo a que conduce la tesis criticada. Y de nuevo un matiz digno de atención: los defensores de esta tesis se presentan como democráticos, cuando a nuestro autor lo que le parece realmente democrático es que el pueblo elija a quienes lo defiendan, y que al ejército lo dirijan quienes sepan hacerlo y que las leyes las custodien otras personas distintas, “e igual en lo demás” (7.6). Es decir, la tesis primera en este caso no sería exactamente negar el sorteo, sino defender que cada función es distinta. La sintonía de esta sección con el resto viene dada, entiendo, por el hecho de que el sorteo, igual que la identidad de contrarios, confundiría todo, mientras que la elección democrática pondría a cada uno en su sitio, como la tesis de la diferencia.

La sección octava ha generado muchos quebraderos de cabeza y problemas falsos. Se ha considerado que la tesis expuesta –que el que sabe es preciso que sepa de todo¹⁷– es la que comparte el anónimo pensador. Seguramente la tradición interpretativa se basa en que, en 8.1, el autor aparece en primera persona –“considero”–, pero ya se ha visto que ese no es un argumento suficiente. Más peso tiene, a mi juicio, el carácter de la tesis: que todo esté relacionado con todo, de modo que se llegue a situaciones cotidianas absurdas, es una característica común a las tesis criticadas en las secciones anteriores. Además el carácter expositivo mismo ya la emparenta con el resto de tesis segundas, siempre expuestas y luego criticadas. La tesis defendida nunca es expuesta como tal, siempre queda como alternativa a la segunda. La sección comparte, además, con las dos primeras secciones el tono algo irónico de la enumeración. Hay que suponer entonces que se ha perdido la parte de presentación de las dos tesis y la parte en la que se critica la tesis aquí expuesta. Como tesis primera se podría reconstruir la siguiente: que cada persona sabe de una cosa. Sería de nuevo la tesis de la diferencia, mientras que saber de todo armoniza con la tesis de la identidad.

¹⁶ Este matiz viene apoyado con un ejemplo muy interesante: si se envía a un recién nacido en Grecia a Persia, aprenderá y hablará persa, no griego. Los que sostienen que la sabiduría no se enseña podrían pensar que nacería hablando griego, pero resulta que no es así.

¹⁷ El texto ofrece varias formulaciones: “quien concibe la naturaleza de todo” (8.2), “que de todo sabe” (8.12).

Finalmente, la sección novena, última de las conservadas, es un pequeño aunque valioso fragmento, dado que reproduce la estructura esperada. Comienza abruptamente con la siguiente tesis: “grande y hermoso descubrimiento fue el de la memoria, útil para la vida y para todo, para la filosofía y para la sabiduría” (9.1). A continuación da comienzo la esperada enumeración de hechos que prueban la tesis. Enumeración que acaba bruscamente. Con todo, creo que la sección se puede reconstruir de acuerdo al esquema ya aparecido repetidamente. Faltaría la frase de presentación de las dos tesis, el fragmento conservado pertenecería a la exposición de la tesis segunda y al comienzo de su defensa. Faltaría entonces la parte en que el autor respondería a los hechos aducidos a su favor con otros en contra y acabaría estableciendo la tesis primera. Se puede aventurar incluso que la tesis segunda no establecería sencillamente que la memoria es útil para todo, sino que, siguiendo la pauta de las secciones anteriores, se lanzaría a defender posiblemente la identidad de memoria y sabiduría. Tentativamente, y a falta del contexto general, la tesis primera sostendría: que una es la memoria y otra la sabiduría.

4. Conclusión

Mi conclusión es que los *Dissoi lógoi* deberían pasar de ser un apéndice a los sofistas a ser, en todo caso, un prefacio a ellos, y que su autor ha de ser considerado como un nada bobo maestro de iniciados que avisa a sus pupilos de los peligros de las nuevas modas y que se mantiene fiel a sus ideas de siempre: 1. que uno es lo bueno y otro lo malo; 2. que uno es lo noble y otro lo vergonzoso; 3. que uno es lo justo y otro lo injusto; 4. que una es la afirmación verdadera y otra la falsa; 5. que uno es lo que hacen y dicen los locos y otro lo que hacen y dicen los cuerdos; 6. que la sabiduría y la virtud sí se pueden enseñar y aprender; 7. que las magistraturas han de ser elegidas por el pueblo y cada una ejercida por separado; 8. que cada persona sabe de una cosa; 9. que una es la memoria y otra la sabiduría.

Referencias bibliográficas

- BECKER A. y SCHOLZ, P. (2004): *Dissoi Logoi. Zweierlei Ansichten. Ein sophistischer Traktat*, edición bilingüe griego-alemán, Berlín, Akademie Verlag.
- DIELS, H. y KRANZ, W. (1954)⁷: *Die Fragmente der Vorsokratiker*, vol. II, Berlín, Weidmannsche, pp. 405-416.
- DUMONT, J. P. (1969): *Les sophistes. Fragments et témoignages*, París, Presse Universitaire de France, pp. 232-246.
- DUPRÉEL, E. (1948): *Les sophistes: Protagoras, Gorgias, Prodicus, Hippias*, Neuchatel, Éditions du Griffon, pp. 190-201.

- KIRK, G. S. y RAVEN, J. E. (1974): *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*, traducción de Jesús García Fernández, Madrid, Gredos.
- KRANZ, W. (1937): “Vorsokratisches IV”, *Hermes*, nº 72/2, pp. 232-323.
- LEVI, A. (1940): “On ‘Two Statements’”, *The American Journal of Philology*, nº 61/3, 1940, pp. 223-232.
- MASO, S. y FRANCO, C. (1995): *Sofisti: Protagora, Gorgia, Dissoi Lógoi*, edición greco-italiana, traducción y notas de Stefano Maso y Carlo Franco, Bolonia, Zanichelli, pp. 179-203, 278-293.
- MAZZARINO, S. (1974): “Un primo incontro tra ‘sofistica’ e storiografia: *Dissoi lógoi*”, en su *Il pensiero storico classico*, vol. I, cap. IV. Sección 9, Bari, Laterza, pp. 285-299. Primera edición de 1965.
- MELERO BELLIDO, A. (1996): *Sofistas. Testimonios y fragmentos*, traducción de Antonio Melero Bellido, Madrid, Gredos, pp. 457-483.
- PIQUÉ ARGONDANS, A. (1985), *Sofistas. Testimonios y fragmentos*, traducción de Antoni Piqué Argondans, Barcelona, Bruguera, pp. 298-319.
- ROBINSON, T. M. (1984)²: *Contrasting Arguments. An Edition of the Dissoi Logoi*, Salem (New Hampshire), Ayer Company. Primera edición en 1979.
- SOLANA DUESO, J. (1996): *Protágoras. Dissoi Logoi. Textos relativistas*, edición de José Solana Dueso, Madrid, Akal, pp. 129-199.
- SOLANA DUESO, J. (2013): *Los sofistas: Testimonios y fragmentos*, prólogo, traducción y notas de José Solana Dueso, Madrid, Alianza Editorial, pp. 449-486.
- TAYLOR, A. E. (1911): “Socrates and the *Dissoi Lógoi*”, en su *Varia Socratica*, primera serie, Oxford, St. Andrews University Publications, pp. 91-128.
- UNTERSTEINER, M. (1967a): *Sofisti: testimonianze e frammenti*, edición greco-italiana, introducción y traducción de Mario Untersteiner, vol. 3, Florencia, La Nuova Italia, pp. 148-191.
- UNTERSTEINER, M. (1967b): “La reazione ética alla sofistica gorgiana. I Dissoi Lógoi”, en su *I Sofisti*, vol. II, Milán, Lampugnani Nigri, pp. 159-172.

Daniel Moreno Moreno
 IES Miguel Servet
 dmoreno@unizar.es